

VI

Vinicio, fortalecido por la esperanza, como impulsado por una fuerza misteriosa, se dirigió á la Cárcel Mamertina. Mas á pesar de conocerle todos los pretorianos que daban la guardia y de no haberse opuesto nunca á que entrara, aquel día permanecieron firmes en sus puestos, con las filas cerradas. El centurión se adelantó y dijo:

—Perdona, noble tribuno; hoy tenemos orden de no dejar pasar á nadie.

—¿Orden?...—repitió Vinicio, palideciendo.

El centurión le miró con aire compasivo.

—Sí, noble señor; orden del César. Hay en la cárcel muchos enfermos y se teme que los que vienen á visitarles propaguen la epidemia por la Ciudad.

—Pero la orden será solamente para hoy...

—Por lo que toca á nosotros, sí; pues á medio día nos relevan.

Vinicio se quitó el *pileus* (1) porque le pesaba en la cabeza como si fuera de plomo. Entonces el centurión se le aproximó y le dijo en voz baja:

—No temas, señor; los carceleros y Oso la custodian como es debido.

Al decir esto se inclinó y con la punta de la larga espada gala diseñó rápidamente la figura de un pez sobre una baldosa. Vinicio le miró asombrado.

—¡Y, no obstante, eres pretoriano!...—le dijo.

—Hasta que me metan ahí dentro—contestó el centurión, señalando la cárcel.

—También yo soy siervo de Cristo.

—¡Bendito sea su santo nombre! Lo sabia, noble señor... No puedo dejarte pasar; pero si escribes una carta la entregaré á uno de los carceleros, para que la dé á Ligia.

—Gracias, hermano.

Vinicio se alejó. El hecho de que aquel soldado fuese también cristiano fué para él una nueva revelación del poder

(1) Especie de gorra ó casquete que llevaban los hombres.

inmenso de Cristo. De pronto se detuvo y contempló las nubes rosadas que flotaban sobre el Capitolio y el templo de Júpiter *Sator*.

—No la he visto hoy, Señor—dijo entre sí—pero tengo fe en tu infinita misericordia.

En casa le esperaba Petronio, quien, fiel á su costumbre de hacer de la noche día, se había retirado poco antes y disponíase para descansar.

—Tengo que darte algunas noticias antes de acostarme—dijo.—He pasado la noche en casa de Tulio Seneción, adonde se han dignado ir también el César y la Augusta. No acierto á explicarme por qué se le ha ocurrido á ésta llevar consigo á su hijo Rufo... Acaso creyera ablandar el corazón del César con la belleza del niño; mas, por su desgracia, éste se durmió durante la lectura, conforme le ocurrió en otra ocasión á Vespasiano, y, advertido esto por *Barbarroja*, le arrojó un vaso de bronce á la cabeza, descalabrándole gravemente. Popea se ha desmayado y todos han oído como el César gritaba: «¡Estoy harto ya de ese bastardo!» lo qué, como tú sabes, equivale á una sentencia de muerte.

—La ira de Dios está suspendida sobre la cabeza de la Augusta—respondió Vinicio.—Mas ¿por qué me cuentas eso?

—Porque es posible que, preocupada con su propio dolor, olvide los propósitos de venganza contra ti y Ligia ó que se vuelva más humana y compasiva. Esta tarde he de verla y procuraré hablarla.

—Gracias; es una buena noticia.

—Toma ahora el baño y vete á descansar; tienes lividos los labios... te vas convirtiendo en la sombra de ti mismo.

Vinicio preguntó:

—¿No se ha dicho en casa de Tulio—cuando empezarán los juegos?

—Dentro de diez días; pero se sacarán primero los cristianos de las otras cárceles. Con ello ganaremos tiempo. No hay que desesperar aún.

Con estas palabras Petronio únicamente trataba de alentar á Vinicio, pues no podia haberle duda de que, después de haberse comparado Nerón á Bruto, para hacer una frase, al contestar á Alituro, estaba Ligia irremisiblemente perdida.

Bien convencido de que Vinicio no sobreviviría á Ligia, procuraba mantener vivas sus esperanzas, no solamente por

piedad, sino más bien porque, en virtud de su refinamiento estético, deseaba que hasta el trance de la muerte conservara su estimado Vinicio la belleza corpórea que iba perdiendo con las angustias, los insomnios y los sufrimientos.

—He aquí—prosiguió Petronio—lo que diré á la Augusta: «Salva tú á Ligia y yo te salvaré á Rufo.» Emplearé todos los recursos de mi inteligencia para convencerla. Ya sabes que con el César basta á veces una sola palabra pronunciada á tiempo para salvar ó perder á una persona.

—Gracias—contestó Vinicio.

—La mejor manera de dármeles consiste en que tomes algún alimento y te vayas luego á descansar. ¡Por Palas Atena! Ulises, nunca, ni en los momentos más críticos de sus aventuras, se olvidó de comer y de dormir. ¿Habrás pasado la noche en la cárcel?...

—No; quise entrar, pero los pretorianos tenían orden de no permitirlo á nadie. Oye: te agradeceré que averigües si la orden es sólo para hoy ó si subsistirá hasta el comienzo de los juegos.

—Lo sabré esta noche, y también por qué se ha dado. Mas ahora, aunque Helio á consecuencia del disgusto se precipite en las regiones cimerianas, yo me voy á descansar... y tú debes hacer lo mismo.

Separáronse. Petronio se fué al *cubiculo*; mas Vinicio se dirigió á la biblioteca y escribió á Ligia una carta que entregó personalmente al centurión cristiano. Este se apresuró á llevarla á su destino. Al regresar dijo:

—Ligia te saluda y ha dicho que hoy mismo te contestará.

Vinicio, sin ganas de volver á su casa, sentóse sobre una piedra para esperar la respuesta de Ligia.

El sol estaba ya muy alto, y, como de costumbre, pasaba mucha gente por allí, atravesando el *clivus Argentarius*, para dirigirse al Foro. Los vendedores ambulantes pregonaban á voz en grito sus mercancías, los adivinos ofrecían sus servicios á los transeúntes, los ciudadanos se encaminaban con paso grave á los Rostros para oír á algún orador ó para cambiar impresiones sobre los acontecimientos del día. A medida que el calor iba en aumento, la muchedumbre ociosa se refugiaba en los peristilos de los templos, de donde salían bandadas de palomas que con rumoroso aleteo hendían el espacio, rompiendo con sus blancas alas la uniformidad del color azul del cielo.

La intensidad de la luz, el calor y el cansancio obligaron á Vinicio á cerrar los párpados. Los gritos, en cierta manera monótonos, de los muchachos que jugaban á la morra no lejos de allí y el paso grave y mesurado de los pretorianos le estimularon el sueño. Muchas veces alzó todavía la cabeza y contempló la cárcel; pero al fin se reclinó sobre una piedra, suspiró como un niño que se duerme después de haber llorado mucho tiempo, y, en efecto, durmióse.

Y empezó á soñar. Soñaba que en medio de la obscuridad de la noche, llevando en brazos á Ligia, caminaba por una viña, precedido de Pomponia con una linterna en la mano. Una voz que tenía el timbre de la de Petronio le gritaba desde lejos: «¡Retrocede!» Pero él, sin hacer caso de la voz, seguía las huellas de Pomponia, la cual se detenía frente á una cabaña en cuyos umbrales se hallaba el Apóstol Pedro. Vinicio le enseñaba á la casta doncella dormida y le decía: «Venimos del Circo, señor; pero no podemos despertarla; despiértala tú.» Y Pedro respondía: «Vendrá el mismo Cristo á despertarla.»

Las imágenes de su ensueño trocáronse por otras más confusas. Vió al César y á Popea. Esta llevaba en brazos al niño Rufo con la frente ensangrentada. Petronio le lavaba la herida. Vió después á Tigelino muy atareado en llenar de ceniza las mesas de un vasto *triclinio* provistas de exquisitos manjares, á Vitelio que los engullía con avidez y á gran número de angustales sentados á dichas mesas. El mismo Vinicio comía al lado de Ligia. Por entre los comensales paseaban majestuosamente espantables leones, erizadas las rubicundas crines y chorreándoles sangre los hocicos. Ligia le suplicaba que la llevara fuera; pero él se hallaba tan extenuado que ni siquiera podía moverse.

Después las visiones se hicieron todavía más confusas, casi caóticas. Finalmente quedó la imaginación de Vinicio sumida en tinieblas.

El ardor del sol y los gritos que de pronto se levantaron á su lado interrumpiéronle el sueño. Restregóse los ojos y vió la calle atestada de gente y á dos batidores vestidos con túnica amarilla, que, armados de largos palos, apartaban á la plebe abriendo paso á una espléndida litera llevada en hombros por cuatro gigantescos esclavos egipcios.

Iba en la litera un hombre con vestido blanco y al cual no se le podía ver el rostro porque lo ocultaba tras un rollo de papiro en cuya lectura parecía entretenido.

—¡Paso á la litera del noble augustal!--gritaban los batidores. Pero era tan compacto el gentío que los esclavos se vieron obligados á detenerse. Entonces el augustal bajó el papiro y sacando afuera la cabeza gritó:

—¡Dispersad á esa canalla... pronto!

Mas al advertir la presencia de Vinicio retiró inmediatamente la cabeza y levantó el papiro á la altura de los ojos. El tribuno se pasó la mano por la frente, dudando de si soñaba todavía. El hombre que iba en la litera era Quilón Quilónides. Los batidores, entre tanto, habian despejado la vía, y los egipcios disponianse á continuar su camino. Pero el joven tribuno, penetrando repentinamente muchas cosas que habian sido para él hasta entonces incomprensibles, se acercó á la litera y dijo:

—Buenos días, Quilón.

—Buenos días, joven—respondió el griego con enfática altivez, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.—No puedo detenerme porque me urge ver á mi noble amigo Tigelino.

Vinicio, apoyándose con las manos en el borde de la litera inclinó el cuerpo sobre Quilón, y, mirándole fijamente en los ojos, le dijo en voz baja:

—¿Tú... denunciaste á Ligia?...

—¡Oh, coloso de Memnón!—exclamó aterrorizado el filósofo.

Pero como en los ojos de Vinicio no se descubria el menor asomo de amenaza, se desvaneció como por encanto el susto del griego. Además éste se acordó de que contaba con la protección de Tigelino y del mismo César, esto es, de dos poderosos ante los cuales todos los hombres temblaban, y que á la sazón se hallaba rodeado de esclavos atléticos y de que Vinicio no iba armado ni parecia en actitud de poder realizar una agresión, á causa de su extrema debilidad. Por todo lo cual recobrando su ingénita insolencia, clavó sus ojos en los de Vinicio y le murmuró al oído:

—Acuérdate de que, estando yo á punto de morir de hambre, me hiciste apalear.

Permanecieron entrambos un momento silenciosos. Al fin Vinicio, siempre en voz baja, dijo:

—Fuí injusto contigo, Quilón.

El griego irguió entonces la cabeza y haciendo chasquear los dedos, ademán con que los romanos manifestaban el desprecio, dijo en voz bastante alta para que todos lo pudieran oír:

—Amigo mio, si quieres algo de mi ve á casa, que la tengo en el Esquilino, por la mañana, después de tomar el baño, que es la hora en que recibo á mis visitas y á los *clientes*.

E hizo con la mano una señal. Los egipcios levantaron la litera mientras los batidores repetían, agitando los palos:

—¡Paso á la litera del noble augustal! ¡Paso á la litera del noble Quilón Quilónides. ¡Paso! ¡Paso!...

VII

En extensa carta, apresuradamente escrita, Ligia daba el último adiós á Vinicio, le decia que en virtud de la orden por la cual se prohibía visitar á los presos probablemente no le volvería á ver hasta que la llevaran á la arena, y le rogaba que asistiera á los juegos, pues deseaba contemplarle una vez más antes de morir. En todas las palabras de la carta palpaba el entusiasmo, el amor al martirio, el desapego á la vida y una fe firmísima en que se cumplirían, más allá de la tumba, todas las promesas que habia oido de labios del Apóstol y de los presbiteros. «Importa poco, le escribía, que Jesucristo me salve ahora ó después de la muerte; por boca del Apóstol me ha prometido á ti, y tuya soy, y lo seré siempre.» Al mismo tiempo rogaba á Vinicio que no se desesperase, que no la compadeciese, que no se dejara abatir por el dolor. «La muerte, añadía, no rompe los lazos del juramento.» Con ingenuidad infantil, le aseguraba que inmediatamente después del martirio, en cuanto se hallara en presencia de Jesús, le diría que Marco, su prometido, habia quedado en Roma, y que ella con todo su corazón deseaba tenerle al lado. «Acaso la misericordia de Cristo permitirá, agregaba, que mi alma descienda por breves instantes á la tierra para convencerte de que vivo, de que no me acuerdo del martirio, de que soy dichosa.» Toda la carta respiraba resignación y esperanza. Solamente contenía un ruego relativo á las cosas de este mundo; y era que Vinicio se hiciese cargo de su cuerpo en el *Spoliarium* y le diese cristiana sepultura en la misma tumba en donde un día habian de descansar sus propios huesos.

A Vinicio la lectura de esta carta le desgarró el alma. Sin embargo, no podía llegar á convencerse de que Ligia hubiese

de morir entre las fauces de las fieras, de que Cristo no tuviese misericordia de ella.

Regresado á su casa, le contestó que todos los días iría á ponerse bajo los muros de la cárcel, á esperar el momento en que Cristo los derrumbara á fin de que pudiese recobrarla. Y la exhortó á que no perdiese ni un instante la fe en que Jesús podía salvarla, aún estando entre las garras de las fieras; porque el Apóstol había impetrado el auxilio divino en favor de ella, y, sin duda, la hora de la liberación estaba ya próxima.

Al día siguiente cuando Vinicio fué al encuentro del centurión cristiano que había de llevar la carta á la cárcel, éste le dijo:

—Escucha, señor; Jesucristo, que ha puesto á prueba tu entereza, ha querido también darte una señalada muestra de su protección. La noche pasada han ido á la cárcel los libertos del César á escoger vírgenes cristianas destinadas á ser víctimas de la bestialidad de los cortesanos y del mismo César antes de ser llevadas á la muerte. Quisieron llevarse á tu prometida; pero el Señor le ha enviado la fiebre de que mueren tantos y tantos infelices en el Tuliano, lo que les ha obligado á dejarla allí. Ayer tarde había perdido ya el conocimiento. ¡Sea para siempre loado el nombre del Salvador! pues esta enfermedad, que la ha sustraído al ultraje, acaso también la salve del suplicio.

El tribuno se apoyó con una mano en el hombro del militar para no caer. Este siguió diciendo:

—Da gracias á la Misericordia Divina. Habían detenido y atormentado á Lino, pero, en vista de que estaba á punto de agonizar, le pusieron de nuevo en libertad. ¡Sólo Dios sabe si echarán también á Ligia de la cárcel y sanará de la fiebre después!

El tribuno estuvo un momento pensativo. Al fin, con voz dulcísima, dijo:

—Es verdad, centurión. Jesús, que la ha salvado del oprobio, la salvará también de la muerte.

Permaneció junto á los muros de la cárcel hasta la tarde en que volvió á su casa para mandar gente de su servicio á la de Lino con orden de transportarlo á una de sus quintas de la campaña romana.

Petronio, informado de cuanto había acontecido, decidió hacer nuevas gestiones. Había hablado ya con la Augusta;

pero determinó verla de nuevo. Hallóla junto á la cama del niño Rufo, quien, con la cabeza horribilmente destrozada, era presa del delirio. La madre, llena de congoja, lo cuidaba con solicitud y al propio tiempo con profunda desesperación, sospechando que al curarle le preparaba para una muerte mucho más horrenda. Absorta en su dolor, no quería oír hablar de Vinicio ni de Ligia; pero Petronio la aterrorizó.

—Has ofendido—le dijo—á una nueva y misteriosa divinidad. Tú, Augusta, según se dice, adoras á Jehová, el dios de los judíos. Los cristianos aseguran que Cristo es su Hijo... Procura, pues, que no caiga sobre tu cabeza la ira del Padre. ¡Quién sabe si esta desdicha que te affige es una venganza del nuevo Dios y si la vida de Rufo depende de la conducta que observes de hoy en adelante!...

—¿Y qué debo hacer?—preguntó Popea espantada.

—Aplacar la cólera del dios de los cristianos.

—¿Cómo?

—Ligia está enferma; logra del César y de Tigelino que la devuelvan á Vinicio.

—¡Ah! por desgracia, no tengo ya sobre ellos influencia alguna—contestó ella, completamente descorazonada.

—Entonces haz otra cosa. Si Ligia cura de su enfermedad será llevada á la arena. Pues bien: ve tú al templo de Vesta y ordena á la *Virgo Magna* que procure hallarse como por acaso á las puertas de la cárcel en el momento de salir los presos para ser llevados al suplicio y que exija la libertad de la doncella. La Gran Vestal no podrá negarte esta merced.

—Mas ¿y si Ligia muere de la fiebre?...

—Los cristianos afirman que si bien Cristo es severo, no deja de ser también justo, y quizás bastará la sola intención de salvar á Ligia para que te perdone.

—Que me dé, pues, una garantía... una señal de que salvará á Rufo.

Petronio, encogiéndose de hombros, repuso:

—No he venido, Augusta, en calidad de embajador de Cristo. Me limito á exhortarte á que procures estar en paz con todos los dioses romanos y extranjeros.

—Iré en seguida—contestó Popea, con voz ahogada por el llanto.

—Al fin he conseguido algo—pensó Petronio, suspirando; y, en cuanto vió á Vinicio, le dijo:

— Ruega á tu Dios que Ligia no muera de la fiebre, porque, si vive, la *Virgo Magna* exigirá que la pongan en libertad al sacarla de la cárcel. La Augusta ha ido personalmente á rogárselo.

Vinicio le dirigió una mirada febril y contestó:

— La liberará Cristo.

Popea, que para salvar á Rufo hubiera ofrecido hecatombes á todos los dioses del universo, se encaminó poco después á la morada de las vestales, situada en el Foro, confiando el enfermito á los cuidados de la fiel Silvia, que habia sido su propia nodriza. Pero en el Palatino se habia decidido ya de la suerte del inocente Rufo, y, apenas la Augusta hubo pasado el soberbio arco de ingreso del Palacio Imperial, entraron dos libertos del César en la habitación donde el niño yacia. Arrojándose uno sobre la anciana Silvia le tapó la boca, mientras el otro cogia una pequeña esfinge de bronce y con ella le daba un golpe que la dejó exánime. Luego se acercaron entrambos á la cama de la tierna criatura, la cual, sin poder por su estado darse cuenta de lo que acontecia en torno suyo, sonreía, entreabriendo sus hermosos ojos, como si hiciera esfuerzos para reconocer á los libertos. Pero éstos, con el cinturón de la nodriza estrangularon al niño, sin darle tiempo más que para llamar una sola vez á su madre con grito desgarrador. Y acto continuo envolvieron el cadáver en un lienzo, colocáronlo sobre un caballo ya dispuesto al efecto, y á galope tendido lo llevaron á Ostia, donde lo arrojaron al mar.

Popea no encontró á la *Virgo Magna*, porque con las demás vestales se hallaba en un banquete en casa de Vatinio. Regresó al Palatino, y al ver vacío el lecho en donde habia dejado á su hijo y en el suelo el helado cuerpo de Silvia, perdió el sentido. Al recobrarlo púsose á dar estridentes gritos, y así continuó durante la noche y todo el dia siguiente. Pero al tercer dia le ordenó el César que tomara puesto á su lado, en un banquete, y, vistiéndose ella la túnica de color de amatista, obedeció la orden, y permaneció sentada al lado de Nerón, con el rostro petrificado bajo su hermosa cabellera de oro, muda, misteriosa, siniestra como el angel de la muerte...

PARTE OCTAVA

I

Antes de la construcción del Coliseo de Flavio, la mayor parte de los anfiteatros de Roma eran de madera, y por este motivo ardieron casi todos durante el incendio. Pero el César proveyó en seguida á la necesidad que de ellos habia para los juegos prometidos, ordenando que se construyeran varios á toda prisa, uno de los cuales, por sus vastas proporciones y su magnificencia, habia de superar á cuanto hasta entonces se habia visto en este género de construcciones. Fué edificado conforme al proyecto de los célebres arquitectos Severo y Cellere y con la madera que se obtuvo de la tala de muchos bosques seculares de las vertientes del Atlas. Trabajaban en su construcción, dia y noche, millares de artesanos.

Contábanse maravillas de lo que seria este colosal anfiteatro. Decíase que abundarian en él los adornos de bronce, las incrustaciones de ámbar, de marfil y de nácar; que anchos canales abiertos en la gradería mantendrían fresca la atmósfera, aún en lo más recio del calor, con el agua casi helada que correría por ellos; que un inmenso *velario* purpúreo resguardaría á los espectadores de los rayos del sol; que, distribuidos por las gradas, colocaríanse grandes pebeteros para perfumar el ambiente con aromas orientales, y que por médio de un aparato ingeniosamente dispuesto se haria caer de tiempo en tiempo sobre los concurrentes finísima lluvia de agua aromatizada con esencias de azafrán y de verbena.

El dia en que se dió el primer espectáculo matinal, (*ludus matutinus*) enorme gentío esperaba desde el alba que las